

## XIX. EL SECRETO DE LA FELICIDAD

Nada ganamos y todo lo perdemos cuando nuestro deseo se desvanece sin satisfacernos.

¿Cómo así gimes y suspiras por lo confuso, lejano o inasequible, cuando las bellezas circundantes te cantan su callado y perpetuo himno?

El secreto de la felicidad es la satisfacción interior. La generalidad de los norteamericanos miran muchas cosas de valor en la vida real tan rápidamente como el paisaje que a toda velocidad atraviesan en su automóvil, pues aunque de cuando en cuando alcen la vista para vislumbrar fugazmente la cumbre de una montaña, un hermoso valle o una espléndida puesta de sol, no advierten los pormenores del magnífico escenario.

Si no anduviéramos a tan presurosos pasos, gozaríamos de los maravillosos pormenores de la vida que nos brinda el trato de los amigos. Pero tenemos la mente enfocada en el camino que ante nuestro vehículo se prolonga. Somos como postillones que van siempre a escape y sólo desmontan para volver a montar en cuanto mudan de tiro. Las corcovas y canas prematuras, el andar pesado y el febril apresuramiento en todo son las características de la vida moderna. La inquietud y el descontento son ya crónicos y constituyen los estigmas de nuestra época y de nuestra nación.

Esta lucha, esta violencia, esta porfía, no merecen el nombre de vida; es una fiebre, una enfermedad, que bien podríamos llamar *americanitis*, sin relación alguna con la felicidad.

Como le preguntaran al octogenario Oliverio Wendell Holmes por el secreto de su juvenil apostura a tan avanzada edad, respondió diciendo:

*La debo, principalmente, a la jubilosa disposición de ánimo e invariable contento íntimo en todas las épocas de mi vida, sin que jamás haya sentido los torcedores de la ambición, pues la inquietud, el des-*

*contento y el desasosiego son causa de la vejez prematura. Las arrugas no aparecen en los rostros que sin cesar sonríen. La sonrisa es el más eficaz masaje. El contento es la fuente de la juventud.*

La ambición que el ilustre Wendell Holmes condena es la engendrada por el egoísmo y la vanidad, cuyos propósitos se resumen en la nombradía, en la alabanza y admiración de las gentes, en las riquezas y el encumbramiento personal, más bien que en el poder de ser útil al mundo, de sobresalir en el servicio de la humanidad, de convertirse en el más óptimo, noble y eficiente operario que quepa imaginar. ¡Feliz quien da de mano al afán de amontonar riquezas, de ser más entendido y más ingenioso que sus prójimos y se satisface con ser lo que es! Y cuando calma la fiebre de riquezas y advierte que suyos son también los tesoros del rico, los goces del dichoso y el vigor del fuerte, entonces verdaderamente alborea para él la plenitud de los tiempos.

Dice Shakespeare:

*Mi corona está en mi corazón, no en mi cabeza. No la adornan diamantes ni pedrería de la India ni la ve nadie, porque se llama contento, y es tal, que pocos reyes se gozan en ella.*

Aquí y allá encontramos caracteres tan esclavos de la ley, de tan entera personalidad y excelentes prendas de corazón, no adquiribles por dinero, que podrían envidiar los multimillonarios.

Conozco personas que apenas poseen bienes materiales, y sin embargo, saben admirar la hermosura de campos y mares, de flores y ocasos; saben apreciar las bellezas naturales en que muchísimas gentes ni siquiera reparan, y encuentran infinito placer en agradables menuencias de la vida que otros no aciertan a estimar.

De toda circunstancia y contingencia podemos derivar provechosas lecciones, si nos percatamos de que las cosas toman el color del cristal con que se las mira; y por lo tanto, hemos de forjarnos la representación mental de nosotros mismos, tales como quisiéramos ser en plenitud de cualidades, porque somos esencialmente todos hijos de Dios, que no sólo nos ayudará a cumplir nuestros legítimos anhelos, sino que nos infundirá un maravilloso sentimiento de serenidad y satisfacción interior.

La conducta es una constante derivación del pensamiento. Cuando la mente se detiene por mucho tiempo en determinada modalidad, propende a concertar nuestra conducta con ella. Si constantemente pensamos en lo bello, sublime, noble y verdadero con el necesario esfuerzo para asimilárnoslo, acabaremos por dar a nuestro carácter tan hermosas cualidades. Nuestras aspiraciones, deseos y anhelos están retratados en nuestra conducta. El deseo es el modelo reproducido por la conducta.

Muchas gentes buscan vanamente la felicidad mirando al porvenir, en esperanza de otros tiempos y otras circunstancias que, a su parecer, han de hacerles dichosos y no han de llegar nunca, sin advertir que mejor podrían hallarla felicidad en las circunstancias que actualmente les rodean si supieran aprovecharlas.

La tela de la vida se fabrica día tras día en el cumplimiento de los deberes domésticos y sociales, en la cotidiana ocupación de la tienda, el almacén o la fábrica, porque los sucesos extraordinarios e insólitos no influyen tanto en nosotros como los ordinarios y comunes que continuamente nos están modelando.

¿Cuándo aprenderemos que la felicidad es tan legítimo resultado de nuestros habituales pensamientos, de nuestros esfuerzos, anhelos y aspiraciones, de nuestra actitud mental y de nuestro modo de ver las cosas, como la exacta solución de un problema matemático lo es de su planteamiento y discusión? A muchos les parece que la felicidad se halla casualmente como el filón de oro, y para descubrirlo ciegan los verdaderos manantiales de placer, salud, contento y dicha.

Indudablemente, es la ambición uno de los más graves impedimentos de la felicidad humana. El loco afán de imitar a los demás, de aventajarlos en ostentación y lujo, es el mayor enemigo de la dicha, porque nos incita a eclipsar por todos los medios, en lujo y riquezas, a quienes vemos más fastuosos que nosotros, y nos esforzamos por egoísmo en tener la casa mejor puesta y los hijos más elegantemente vestidos, sin echar de ver que toda esta ostentación nada vale ante la positiva eficacia del ennoblecimiento de la conducta. Legítima y loable ambición es la del hombre que procura ser útil a la humanidad, que se

esfuerzo en disipar la ignorancia, de realzar de día en día sus pensamientos, de tener algo más de confianza en sí mismo y en los demás, de servir provechosamente a sus semejantes. Tal es la ambición de cuyo logro deriva la verdadera felicidad.

El hombre embriagado de ambición desenfundada es capaz de sacrificar familia, hogar, amigos, salud, bienestar y aun la misma honra para conseguir sus deseos, que, como inextinguible sed, le atosigan de continuo. La ambición petrifica las facultades del que la padece, malogra las aspiraciones elevadas y sofoca cuanto de hermoso, delicado y sensible hay en su carácter, hasta encallecerlo de modo que no responde a las vibraciones de belleza, verdad y dulzura. Lastimoso espectáculo es el del hombre esclavo de ambiciosos propósitos, porque desde el punto en que cae víctima del sórdido y egoísta afán de dinero, es incapaz de disfrutar los verdaderos goces de la vida y no estima la gloria, grandeza y sublimidad de la existencia. Todos sus placeres son de índole grosera y bestial.

¡Cómo nos engaña el espejismo que del porvenir nos trazan las egoístas ambiciones! Siempre estamos negligenciando el presente en espera del porvenir, sin estimar lo que de momento tenemos para disfrutarlo, según recorremos el camino de la vida. ¿Cabe locura mayor que la de creer, como creen muchas gentes, que el porvenir ha de ser distinto del presente? ¿Hay razón para pensar que mañana seremos más felices que hoy? Pisoteamos las violetas y las margaritas en nuestro empeño de alcanzar los más altos pimpollos de los árboles.

Infeliz del que cede a la egoísta ambición y a ella se aferra ciegamente con esperanza de hallar la paz en su logro, pues se le despertará otra mayor ambición con más voraces apetitos. Es como el agua abrasadora de la conseja, que más quema cuanto más de ella se bebe.

La ambición egoísta es un falso guía que sin remedio desbaratará la felicidad de quien la siga y le robará cuanto de más caro y dulce hay en la vida. ¡Oh cuán cara pagan los ambiciosos su insensata pasión ¡Cuántas tragedias ocasiona!

La mayor parte de los hombres parece como si creyeran posible comprar la felicidad; pero aunque les quepa comprar los goces anima-

les con la consiguiente excitación del sistema nervioso, resultan estos goces en extremo despreciables y muy distantes de la felicidad, que sólo es dable adquirir por el propio merecimiento. Confunden el placer con la felicidad.

Nadie ha logrado todavía sobornar a la verdadera felicidad, que no tiene precio y tan a la mano está del pobre como del rico. De felicidad está lleno el mundo y en nuestro derredor la encontraríamos con sólo recibir de buena voluntad la que en nuestro camino se cruzase.

Muchos hombres buscan la felicidad para sí solos, porque imaginan que consiste en la satisfacción de los deseos y el halago de los sentidos, sin percatarse de que cuanto más se satisface un gusto, con mayor violencia rebrota el apetito prevaleciente contra toda posibilidad de satisfacción. Cuanto más condescendemos con el deseo, más opresivamente nos tiraniza. El apetito sobrevive al agotamiento de la víctima, porque nada es capaz de apagar la sed bestial.

A menudo oímos lamentarse a muchas gentes de que no sacan provecho alguno de esta vida; pero precisamente su afán de mucho gozar es causa de sus lamentos. Quien más pone de su parte en la vida es el que mejores frutos cosecha de ella, de la propia suerte que el agricultor no ha de esperar el premio de su trabajo, si antes no planta y siembra. A muchos la vida les parece algo así como un merodeo en vez de un cultivo. Sembrad amor y contento, cariño y servicio desinteresados, y no os quejaréis de la esterilidad de la vida ni de que el mundo no tiene para vosotros la debida recompensa.

Dice a este propósito Ella Wheeler Wilcox:

*A menos que tengáis un corazón generoso, un corazón que se eleve a Dios en ardiente gratitud de algo, egoístas seréis si vivís descontentos, porque nadie deja de tener motivos de agradecimiento; y el hábito de agradecer es uno de los más poderosos elementos de éxito y felicidad.*

*Si al despertar damos gracias a Dios por aquel nuevo día con todas sus bendiciones, podremos pedirle después que nos dé fuerzas para mejorar de situación, si no estamos satisfechos de ella.*

La verdadera felicidad dimana del fomento y desarrollo de nuestra naturaleza espiritual. El egoísmo no puede nunca dar felicidad, porque de continuo está alimentando la naturaleza inferior con todos aquellos elementos pasionales que de la felicidad nos alejan. Nadie hallará la felicidad si no la busca con puro corazón, mente limpia, propósitos nobles y anhelos inegoístas en beneficio del prójimo.

Si el camino se nos presenta oscuro y cerrado, sin luz y al parecer sin salida, no creáis que ya no hay otro camino para vosotros, pues os lo cierra Dios temporáneamente para ver si sabéis esperar y trabajar confiados en que cuando una puerta se cierre otra se abre.

El pensamiento recto es un poderoso imán, de suerte que cuando queráis tener o ser, lo tendréis o seréis con sólo afirmaros constantemente en que lo tenéis o lo sois. Si anheláis salud y vigor; si queréis abundancia y no miseria, decios constantemente: “Estoy sano; soy fuerte; vivo en la abundancia; no puede haber penuria ni pobreza ni necesidad en mi vida. Soy rico porque obedezco a la ley.”

No hay felicidad posible para quien siempre está pensando en sus miserias, desdichas y tristezas y siempre denota disgusto en sus pensamientos y acciones; porque como es el pensamiento, así es el hombre, y una actitud mental negativa producirá efectos negativos. La única felicidad posible es la resultante matemática de nuestra manera de pensar y obrar rectamente. Si estáis descontentos de vuestra suerte y cuidadosamente la analizáis, veréis que es la que os corresponde como indefectible resultado de vuestra pasada conducta, pensamientos y acciones, por lo que a nadie sino a vosotros mismos debéis inculpar de vuestro infortunio. Si hubieseis aprovechado los elementos de la verdadera felicidad, no lamentaríais el fracaso, de la propia suerte que nunca falla la exacta solución de un problema si se le resuelve con estricta sujeción a las leyes matemáticas.

En vano recorreréis el mundo entero en busca de la felicidad si no la lleváis con vosotros mismos. La historia abunda en ejemplos de hombres que fracasaron por haber buscado desesperadamente la felicidad toda su vida sin jamás hallarla, mientras que otros, sin pensar gran

cosa en ella, fueron felices en el cumplimiento de su deber, en el empeño de ennoblecer y mejorar la vida de cuantos les rodeaban.

Dice sobre el caso Carlos Dudley Warner:

*La parte más lastimosa de este inalienable derecho a la felicidad, es que la mayor parte de los hombres creen que la felicidad consiste en la riqueza de bienes materiales, y por adquirirlos luchan continuamente, con desprecio de la positiva felicidad, en su afán de labrarse una fortuna, hasta que, al fin de la jornada, advierten que se les escapa la soñada felicidad porque no cultivaron las internas cualidades que únicamente pueden allegarla.*

Sé de quien ha tenido muy lisonjero éxito en su especialidad profesional, y sin embargo, está intranquilo, disgustado y descontento como nadie. Siempre se compara con quienes obtuvieron mayor éxito y realizaron más lucrativa labor en su especialidad. Le irrita pensar que haya otros mejor acomodados y más famosos. Está aburrido de la que le parece modesta posición. Sin embargo, tiene familia modelo, esposa nobilísima, hijos gallardos, y aunque en su hogar no hay lujos suntuarios, como en el de sus vecinos, tiene sobre ellos multitud de ventajas. A pesar de todo, ni su robusta salud ni su ejemplar familia significan gran cosa para él, porque no repara en lo suyo y siempre mira qué hacen los demás, sin que su afán le deje tiempo para cultivar amistades y disfrutar de la vida de la sociedad.

Si este hombre reflexionara sobre cuanto hace, podría alterar en pocos meses su modalidad mental, hasta convertirse en otro hombre. Si cada día se detuviese unos cuantos minutos en desalojar de su mente todo pensamiento de celos o envidia, y dando de mano a la ambición aprendiese a estimar lo propio en vez de pensar en lo que los demás hacen; si cada mañana se congratulara de tener tan feliz y armónica familia, una esposa buena y bella, unos hijos robustos, mientras que muchos de aquellos a quienes envidia han de sufrir toda clase de disturbios conyugales y tienen esposas frívolas e hijos enclenques o imbéciles, seguramente que apreciaría en mucho más su suerte.

Hay quienes, codiciosos de los ajenos, menosprecian sus propios goces, sin advertir que nadie podrá aprovecharse de sus propios ele-

mentos de felicidad mientras envidie los de otros. Perdemos grandísima parte de la alegría del vivir por no aceptar jubilosamente los menudos goces cotidianos. No vamos a gusto en nuestro modesto coche, porque envidiamos la soberbia carretela del vecino. El error está en desperdiciar los goces de nuestro alegre hogar, mientras miramos ansiosos la regia morada del vecino. No nos satisface un paseo a caballo por el campo o una excursión en lancha por el río, porque hay quien disfruta el lujo del automóvil y del yate. La vida colmará la medida de felicidad que para cada uno de nosotros disponga, con tal de que adiestremos nuestras mentes en el aprovechamiento de cuantas oportunidades encontremos en nuestro camino, en vez de ambicionar las de nuestros vecinos.

Muchos hombres se parecen al ranúnculo que crecía en el campo junto a la margarita. El ranúnculo estaba descontento y envidioso del galano atavío y esbelto talle de la margarita y ansiaba llevar también como ésta dorado descote. Pero un jilguero que por allí volaba oyó los insensatos lamentos del ranúnculo que apetecía ser como la margarita, en vez de satisfacerse con brillar por sí mismo, y le dijo: “Mira sin temor al cielo y conténtate con saber que Dios deseaba un ranúnculo precisamente aquí donde tú creces”.

Roberto Burns describe al hombre feliz diciendo que se contenta con poco. La noble satisfacción interior abre camino a más amplia y plena satisfacción. La fuerza de voluntad, la influencia de la mente, el modo con que aceptamos la vida y la interpretación que demos a los hechos y experiencias es el determinante factor de nuestro gozo o nuestra pena en este mundo.